



Carlos Alejandro / Olga de León

Recordando a Gabo un día después del sábado

El Padre sin Sombrero

No supo expresar exactamente desde cuándo, pero era consciente de que ya no lo tomaban en cuenta. Al principio no lo advirtió, más al cabo de unos años era muy evidente. Lo fue reconociendo por el cada vez menor respeto que le tenían las gentes de los alrededores. Apenas y lo saludaban los domingos, y el resto de los días, simplemente lo ignoraban. Aquello era la delicia para quienes lo envidiaban desde hacía tiempo, pues ahora lo veían insignificante, perdido, avinagrado más que añejo, como exquisito aceite de oliva desperdiciado sobre la arena del desierto.

La vieja flaca del pueblo apenas conseguía nuevo novio, se olvidaba de él, y no solo de las propinas en el restaurante junto a la Iglesia, sino también de las limosnas dominicales. Los novios, todos: los de antes, ahora y seguramente los que vendrían después del último en turno, que lucían como nacidos en el nuevo siglo pero bajados del cielo por obra de algún sacramento, siempre se encontraban en la iglesia muy bien alineados y perfumados, listos para ayudarlo. Pero cuando estaban junto a la flaca, se olvidaban del sacerdote nonagenario, incluso para asistirlo a cruzar la calle, o entregarle los recados con gracia, quizás diciendo "reciba usted, por favor...", en lugar de "rápidamente arrojálos a las manos del anciano, e irse...".

Todos, excepto las viudas, en ocasiones lo veían con una fantástica expresión exasperante dibujada en su rostro, que a él le palpataba desde dentro y hacía saltar el corazón de su pecho, como si el mismísimo Satanás se hubiese robado el Sagrado Corazón de Jesús. Se le levantaban los párpados como si estuviesen siendo animados por toques eléctricos, y al viejo se le endurecía el estómago y se le humedecían las manos. Dejaba de pensar y de concentrarse en los temas que abordaría en el siguiente Sermón. Luego, las ideas se le caían de bruces, una tras otra como las fichas de dominó a las que jugaban en la cantina del pueblo, donde ya solo se escuchaban risas cuando flotaba su nombre en la conversación.

El Padre Antonio Isabel de la Torre y Moreno tenía su cita semestral con el médico. Este lo hizo esperar poco más de hora y media, tiempo durante el cual hojeó una revista de negocios que solía venderse en la revistería junto al Hotel Macondo. Ahí encontró entrevistas realizadas a empresarios exitosos de la capital y, en un chispazo de iluminación, vislumbró su propio porvenir. Para definirlo, debía plantearse tres preguntas: ¿en qué situación se encontraba actualmente su iglesia?, ¿a dónde quería llegar durante los próximos dos años?, ¿y, qué decisiones debía tomar ahora para lograrlo?

Apenas se quitó los anteojos para limpiar los cristales y tuvo la respuesta a cada cuestionamiento: en franca tristeza; o, ¡a la tumba! Y siguiendo el mismo camino por donde ya transitaba, el panorama le pareció desolador, pero hubo cierta alegría en su espíritu, al percibirlo tan claro. Se dio cuenta de que debía realizar un mayor esfuerzo para sacar adelante el asunto. Se le ocurrió que invitando a misa, de vez en vez, a las tres húngaras que recién habían arribado al pueblo, podría ir tras mejores objetivos. Para ello, las jóvenes tendrían que levantarse temprano a pesar de los menesteres que las entretenían hasta tarde, los



sábados por la noche, en la nueva y flameante cantina del pueblo, equipada con tubo y todo. Se le vino la idea de que compartiendo un poco de la limosna, para que ellas se comprasen vestimentas menos escotadas y más aceptables para su recinto, podría convencerlas.

Sufrió cierto cambio de humor al concluir su cita médica, así que de regreso a la parroquia, cuando tuvo que cruzar el parque Buendía mientras un grupo de niños jugaba al béisbol, incluido su acólito Pitágoras. Entonces lo pensó mejor: si las húngaras renegaban, les hablaría de las necesidades que tendrían a la hora de la maternidad, y sobre los servicios que de la iglesia podrían valerse: bautizos, confirmaciones, primeras comuniones, etcétera, etcétera.

El padre Antonio Isabel se acercó a la acera y pronto tuvo que desistir. Aquellas no serían razones contundentes para las húngaras. Volvió a replantearse la situación desde el principio. ¿A dónde quería llevar espiritualmente al pueblo, en dos años? Vinieron a su mente cánticos, fiestas de Noche Buena, y la idea del amor al prójimo. Giró en dirección al parque y con una seña hizo traer a Pitágoras desde la segunda base. Cuando al niño lo tuvo cerca, le dijo: "Hijo, ve con la señora Rebeca, que por favor le avise al pueblo que se me ha aparecido el diablo por cuarta ocasión, y lo he combatido con éxito y sin negligencia, nuevamente".

Fue entonces que vio del otro lado de la calle a un joven con sombrero preguntando por la iglesia del pueblo: el viejo sacerdote estuvo seguro de que las limosnas podían llegar a tener una finalidad más sensata.

Un día antes del domingo

La lluvia caía persistente sobre las

losetas afuera de la cocina. No era tan intensa, tampoco tenue; pero no amainaba: la humedad permeaba el ambiente. La madrugada de ese día, sábado, llegó a la casa de su madre. Cargaba en un hombro su pequeña pero pesada maleta negra, casi diez kilogramos.

Salió de M. con el alma colmada de entusiasmo; el mismo que acá embarcaba a los que esperaban su arribo. Casi quince años sin verse. Cómo me verán, se preguntaba. Cómo lucirá, pensaban ellos; habrá conservado el peso, estará más delgado. ¿Pintará hilos de plata su cabello?

El tintineo de la lluvia sobre las losas del piso y las tejas en el techo daba cierto aire de nostalgia al día. A ella siempre le gustaron los días nublados y lluviosos. Ahora más: era propicio para hacer taller. Y, eso hacían, escribían.

La cocina volvía a ser recinto de lectura y prosa poética o profana. Él leía en voz alta, ella seguía la lectura sobre las copias de la obra original (para rayar y subrayar, dibujar garabatos que solo cada uno entendía). No dejaba de llover. Cómo no darse cuenta, si su sonido era penetrante, y aunque hubiese tenido la puerta de la cocina y no solo el alambrado cerrado, el golpeteo de las gotas que caían del techo, se oíría.

Tres tinas de plástico pequeñas: una sobre el refrigerador y dos pegadas a la pared sobre las esquinas del microondas daban ritmo a la prosa que iba saliendo de la tinta y dejando rasgos sobre las páginas de la pequeña libreta que había comprado en Chiapas.

Los abrazos se volcaron en una flama de amor. Los ojos lucían casi idénticos, su peso ligeramente disminuido, aunque imperceptible. Los risos seguían ensortijados; pero sí, ya había unos cuantos hilos de plata hacia atrás de las orejas

y un mechón en la frente: ¡cuarenta años! Tenía ya cuarenta, había partido a los veinticinco en busca de los papeles que le permitirían a su madre tramitar una jubilación temprana, ahora un tanto pasada, ella tenía setenta años.

Por qué tardó tanto, por qué nunca se comunicó, por qué... había tantos "porqués" flotando en el ambiente.

Nadie se atrevió en ese instante del reencuentro a preguntarle: nada. Esperaron al día siguiente, cuando ya hubiesen descansado todos y él estuviese en mejor disposición para referirles las historias que le hicieron retardar su regreso de Macondo.

Y aunque su madre no se llamara Rebeca, ni fuera viuda ni amargada, ni viviera en una inmensa casa de nueve alcobas, sí era la que esperaba por los documentos del registro de su nacimiento y el acta del bautismo que debía existir y constar en la iglesia del pueblo a donde había viajado él para buscarlos y demostrar que quien reclamaba su justa jubilación era quien decía ser: María Pía de los Remedios.

La mañana llegó con sol y sin lluvia. Era aún sábado, después del mediodía. El hijo salió de su alcoba aún enfundado en pijamas y pantufllos. Saludó apenado, con cierta timidez. Y empezó a balbucear: "...me he casado. - ¡Oh!, se escucho de sus interlocutores. Pero no os apuréis, también me he divorciado. Otro ¡oh!, mucho más pronunciado y profundo, como en ahogo o lamentación. Pero, ya me voy, dejé los documentos en el tren que perdí antes de salir de Macondo. Iré a recuperarlos.

El silencio fue sepulcral. Nadie habló. Entraron en sus alcobas y al poco salieron con maleta en mano: ¡Nos vamos contigo! Sí, dijo la madre, haremos "taller" en el camino.



Ikram Antaki

Nació en Damasco, Siria, el 9 de julio de 1948. Creció en el seno de una familia de juristas, humanistas y amantes de los libros.

A los cuatro años, ingresó a una escuela de monjas franciscanas francesas, en donde cursó estudios básicos y el bachillerato. En su etapa de juventud, viajó a Francia para estudiar literatura comparada, antropología social y etnología del mundo árabe.

Fue antropóloga por la Universidad de París VII y también estudió la misma ciencia en la Escuela Práctica de Altos Estudios. Al terminar sus estudios en París, viajó a México en 1976 donde se estableció hasta el día de su muerte.

Publicó 29 libros en español, francés y árabe, entre los que destacan "El pueblo que no quería crecer", "El espíritu de Córdoba" y "A la vuelta del milenio".

Colaboró para estaciones de radio como Radio Red en el noticiero "Monitor", a inicios de los años 90, y para la radio y televisión de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y para las publicaciones "Siempre" y "El Nacional".

Creó los programas radiofónicos "El banquete de Platón" y "El ágora", también colaboró con los canales 11 y 13 de la televisión mexicana.

El estilo de la también conferencista la colocó dentro del gusto de los radioescuchas, ya que utilizaba un lenguaje claro y accesible. Los temas en sus programas eran diversos entre los que se podían encontrar la historia del Nintendo, los orígenes del universo, el "Opus del", política, y temas de historia y las artes universales.

También fue conocida por defender sus posiciones referentes a los numerosos temas que analizaba, sobre México y sus opiniones sobre los principales temas de la agenda internacional.

Obtuvo reconocimientos como el premio "Magda Donato" en 1989 por "La cultura de los árabes" y en 1990 el premio de "Libro de Arte" por "La tercera cultura".

Entre algunos de los títulos de su obra de poesía se encuentran, "Las aventuras de Hanna en buena salud hasta su muerte" (1975), "Epiphanyos" (1992), "Poemas de los judíos y los árabes" (1989) y "La pía o el libro de Abu Hayyan" (1990).

Ikram Antaki falleció el 31 de octubre del 2000, tan sólo unos meses antes de haber publicado "El Manual del ciudadano contemporáneo".

ad pēdem literae

El arte de envejecer es el arte de conservar alguna esperanza.

André Maurois

letras de buen humor

Cuanto más se envejece más se parece la tarta de cumpleaños a un desfile de antorchas.

Katharine Hepburn

En interiores...

El corazón

Oscar G. Baqueiro

Página 2

El espíritu de mis padres

II/II

Patricio Pron

Página 3

La Voz del Papa

Página 4